



PLUMA y LAPIZ

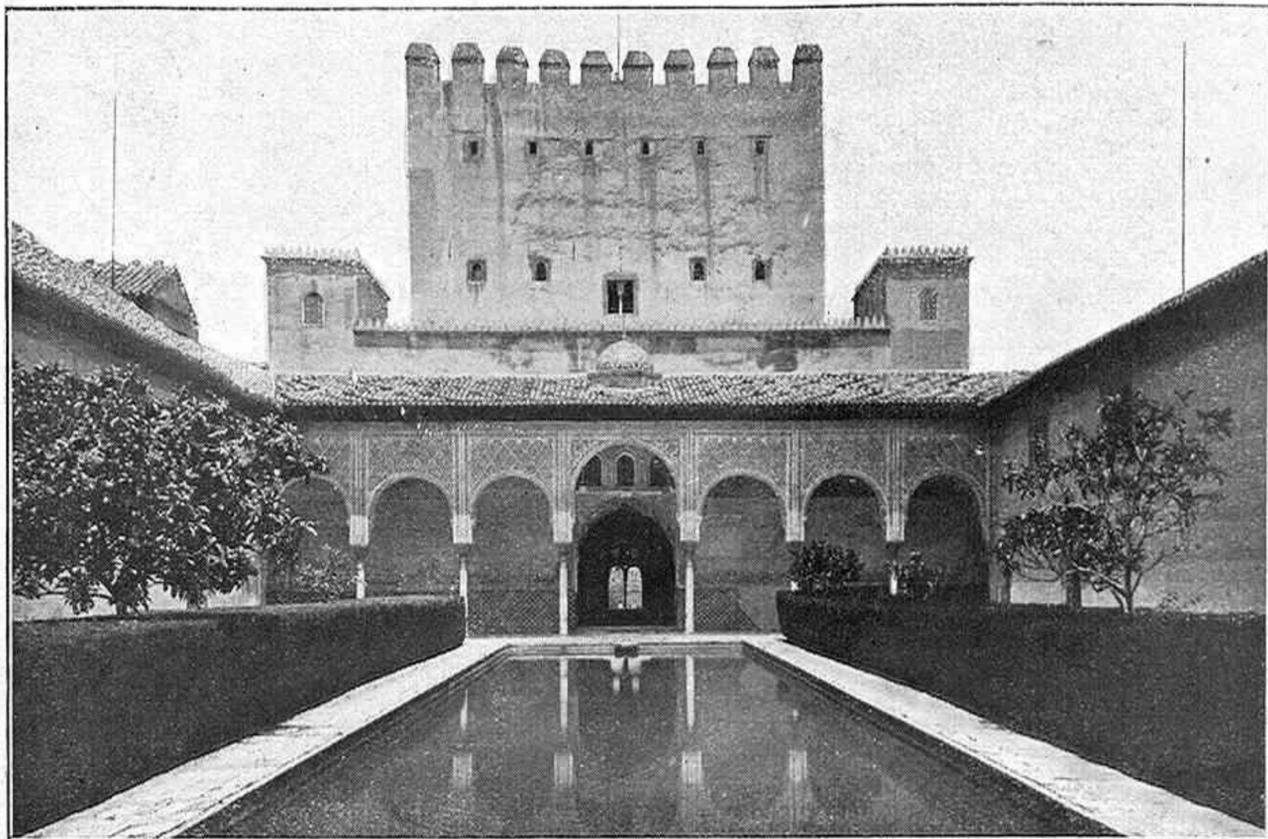
LEYENDAS Y TRADICIONES

(GRANADA)

DESCANSABA de las fatigas y de los ardores del día, la poética ciudad que sirve de estuche á esa joya sin par llamada Alhambra, cubierta con magnífico manto de estrellas, adecuado á su grandeza. Serena la noche, perfumado el ambiente con las emanaciones de la próxima vega, el silencio imperando por

doquiera: todo convidaba al sueño y seguro es que en brazos de Morfeo hallaríanse entregados la inmensa mayoría de los habitantes de Granada, á quienes durante el día había abrumado con sus rayos de fuego el sol ardiente del mes de Julio.

Sin embargo había quien velaba, mientras los demás dormían; había quien, lejos de entregarse al descanso, paseábase con febril agitación por una terraza del preciado monumento, en cuya construcción se habían invertido más de cien años. Y por cierto que quien formaba la excepción de la regla era verdaderamente una nota-



PATIO DE LOS ARRAVANES.

ble excepción: como que se trataba nada menos que del insigne Aben Abi Amir, del tutor y carcelero de Hixem II, del héroe famoso, terror de la cristiandad, del hombre que había conquistado el apelativo de *Almanzor* (el Victorioso), en cincuenta y una campañas contra españoles y africanos, en las cuales tomó y saqueó á Barcelona, apoderóse de Zamora, destruyó á Combra, penetró en León, cuyos habitantes pasó á degüello, llegó hasta Santiago y apoderándose de las campanas de la catedral, hízolas conducir á Córdoba en hombros de cautivos cristianos para convertirlas en lámparas de la gran mezquita.

No hacía mucho que el caudillo, en uno de los cortos períodos de reposo, habíase trasladado á Granada; hallábase en el apogeo de su grandeza y preguntábase con orgullo si él, que había sido sucesivamente memorialista, curial, cadí de Sevilla, jefe de policía y tesorero de Alhakem, padre de Hixem, podría aspirar á más de lo que había llegado.

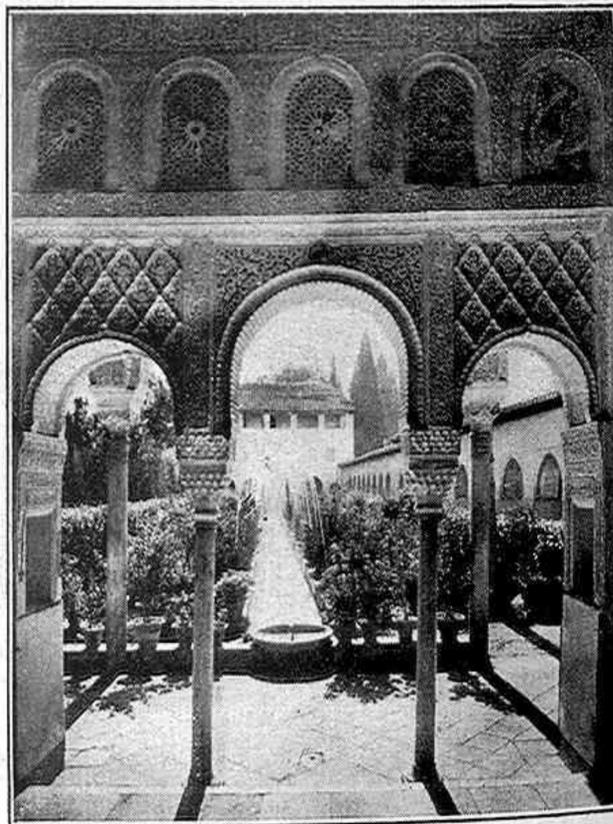
En verdad que la respuesta negativa se imponía. Almanzor, siendo ya tesorero de Alhakem, llevado de su ambición, supo captarse los favores de la Sultana; nombrado tutor de Hixem II, de edad de once años, túvole en cautividad, según dijimos, y acallando con el rigor á los descontentos y dando á su raza días de gloria, llegó á ser tan respetado que decíase que «ni aún los caballos se atrevían á relinchar en su presencia.»

¡No! Era imposible que Almanzor llegase á más; y sin embargo, no sólo no estaba satisfecho, sino que su frente revelaba la preocupación y el disgusto.

Su espíritu inquieto aveníase mal con la inacción; en su mente bullían nuevos proyectos de exterminio contra los que él apellidaba infieles y perros cristianos; pero si la mente del caudillo trazaba planes de futuras guerras en las que consiguiese nuevas victorias, su corazón estaba oprimido por un funesto presentimiento. Y tal estado de ánimo, inusitado en él, excitaba su cólera.

—¡Cómo!—exclamaba. —¡Yo! ¡Vencedor en cien combates! ¡Yo que no he hallado rivales dignos de mí, gentes que conmigo hayan podido medir sus armas! ¡Yo, á quien amigos y enemigos apellidan el Victorioso, aunque más propio fuera llamarme el Invencible, tiemblo como una vieja, estoy desasosegado, intranquilo!... ¿Por qué? ¿Qué me sucede? ¡Oh, Mahoma! ¡Oh, gran profeta! ¡Ilumina á tu devoto servidor!...

Detúvose, asomó á la ventanilla su rostro calenturiento y clavó su mirada en el espacio.



GENERALIFE.

Parecióle entonces que se rasgaba el velo azul tachonado de millares de estrellas que se extendía ante su mirada y que dejaba ver una mujer hermosa, vestida á la usanza cristiana, con la corona real en la cabeza, y que abrazaba llena de alegría á un niño de ocho años, asimismo de regio porte y rostro tan hermoso como varonil. Estrechábale con uno de sus brazos y señalaba con la mano del opuesto hacia un campo de batalla donde los aborrecidos cristianos hacían huir á sus enemigos y se hartaban de botín y de matanza.

Al mismo tiempo, pareció también al infiel tutor de Hixem, que murmuraban á su oído estas palabras:

—Una mujer te elevó; á otra deberás tu perdición y tu muerte.

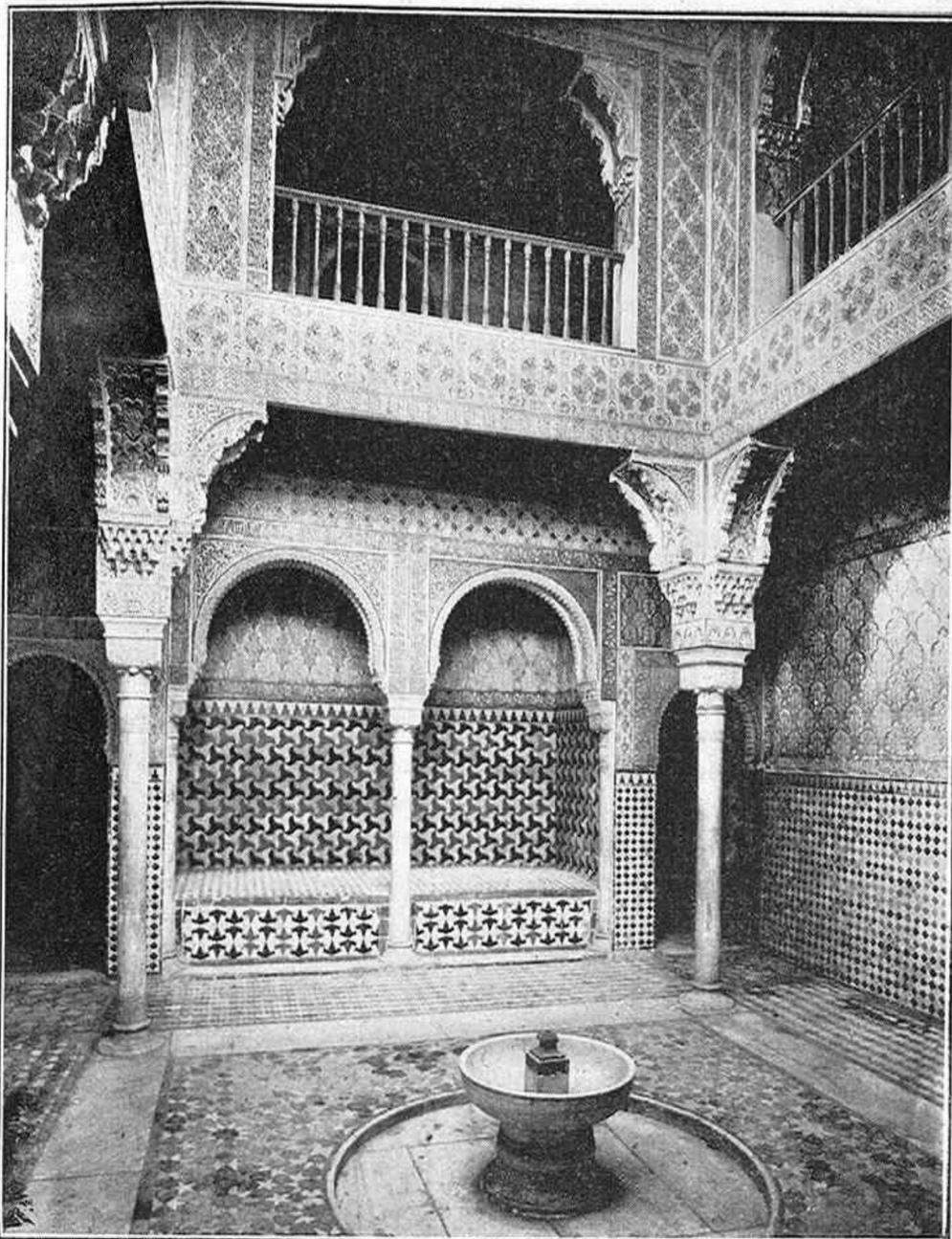
Luego la visión desapareció, volvió á cerrarse la azul cortina del firmamento y las estrellas recobraron su fulgor, momentáneamente perdido.

Almanzor aquella noche no pudo dormir.

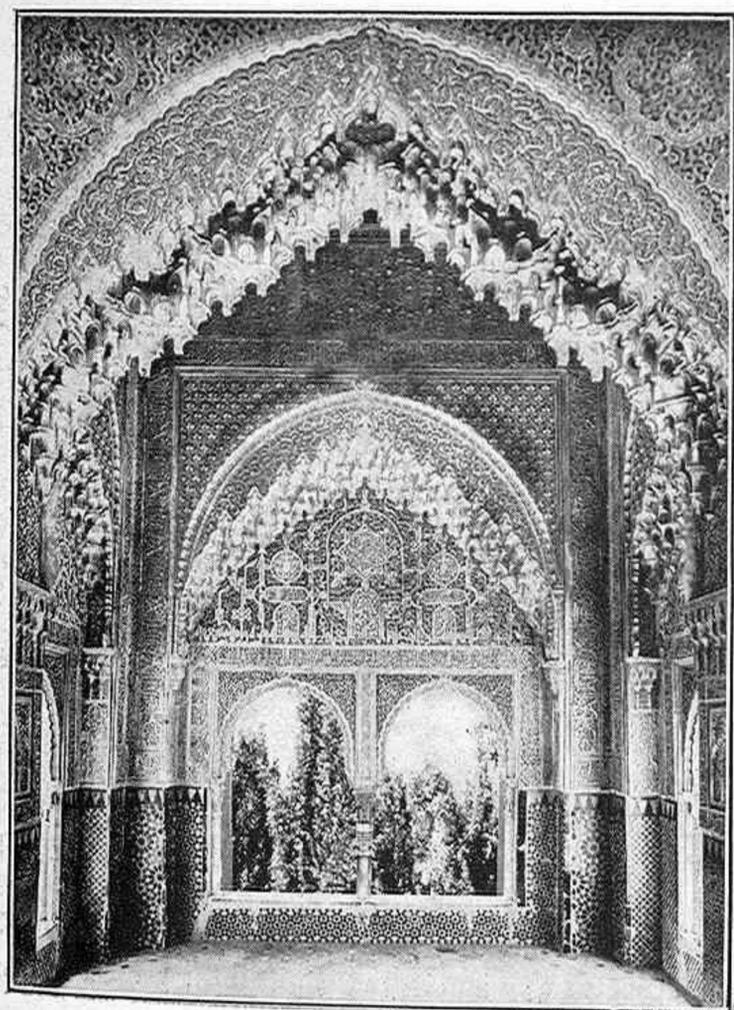
Cuando al siguiente día sus cortesanos, pues él era el Califa de hecho, se le presentaron, supo por un mensajero que la reina Elvira de León, tutora de Alfonso V, apellidado luego el *Noble*, trabajaba por establecer una alianza con el conde de Castilla y Sancho el Mayor, de Navarra, á fin de cortar los vuelos al hasta entonces invicto Almanzor.

—¡Ah! ¡Mi visión!... ¡Mi visión!... —murmuró éste, con gran asombro de cuantos le oían.

Y en vano fué que tratara de prevenir el golpe que aquella mujer ilustre,



SALA DE LAS CAMAS, REPOSO DEL BAÑO.



MIRADOR DE LA FAVORITA «LINDARAJA.»

que aquella excelente madre le preparaba. En vano con febril actividad reunió el caudillo moro un ejército de cien mil combatientes y los llevó á campaña, lanzando el grito de guerra:

—¡Sólo Dios es vencedor!

Realizóse esto; pero en muy diferente sentido del que le daba la morisma. Hecha la alianza entre los príncipes arriba citados, sus fuerzas reunidas presentaron batalla á los agarenos y derrotáronlos completamente en los campos de Calatañazor. Aben Abi Amir, el *Victorioso*, dejó de merecer este nombre; y herido y puesto en fuga, murió en Medinaceli el día 10 de Agosto de 1002, no de las lesiones recibidas, sino del bochorno que le produjo el haber sido derrotado por una mujer, pues realmente su catástrofe debióse á la política y al amor maternal de Doña Elvira.

Esta ilustre reina, no sólo supo educar á su hijo para que fuera uno de los monarcas más dignos de ocupar el trono, no sólo consiguió, según hemos dicho, concertar las voluntades de varios príncipes cristianos para que unidos marchasen contra el enemigo común y obtuvieran triunfo tan brillante como el que consignado queda, sino que asimismo y por consecuencia de la victoria de Calatañazor, dió golpe mortal al califato de Córdoba que no tardaron en hacer pedazos cien ambiciosos, llevados del afán de ceñirse la corona. Y esta disolución del poderío cordobés que no se hubiera realizado tan pronto, sin la derrota y muerte de Almanzor, fué el primer paso importante dado en el camino de la Reconquista.

EDUARDO BLASCO

Fotografías de Garzón.

CRISÁLIDA

A las dos de la madrugada próximamente, volvió Celeste del baile... Celeste era el diminutivo que todos hacían del nombre de Celestina, y no podía estar mejor aplicado á aquel angelito terrenal, pues tenían sus ojos el mismo azul diáfano de las nubes, y sus cabellos la misma brillantez y el mismo aurífero color de la guejeja de Febo... Volvía del baile, y volvía cansada del constante movimiento, aturdida por el continuo sonar de la orquesta y el murmullo que llenaba el salón, murmullo que aún zumbaba en sus oídos como el alateo de una bandada de moscardones.

Celeste, besó en la frente á sus padres y corrió á su alcoba, anhelando reposo... ¡Qué linda estaba con su trajecito blanco, exento de lazos y perifollos de esos que ostentan, á falta de hermosura, algunas jóvenes!... Se desnudó... Los sencillos adornos de la virgen, quedaron sobre las sillas del gabinete... Su cuerpo se ocultó entre las finísimas sábanas, bajo azul edredón que prestaba abrigo á sus cansados miembros... Cerró Celeste sus párpados bordeados de doradas pestañas; pero el sueño no acudió... Lo ahuyentaban las preocupaciones: «¿Por qué la había mirado tan fijamente aquel joven, cuya imagen aún conservaba en el pensamiento? Y, ¿por qué aquel mirar era tan dulce, tan lánguido, que semejaba una caricia?... ¡Era un buen mozo! ¡qué alto y esbelto! ¡qué cara tan morena! ¡qué barba tan fina y negra! ¡qué ojos! ¡qué voz tan dulce!... Un conjunto como aquel, soñaba ella algunas veces, al recordar los atrevidos relatos de amores que le confiaban sus amiguitas!...» Celeste, suspiró... En medio del silencio de la noche, llegaron á sus oídos las cadenciosas notas de un piano de la vecindad... Había reunión en la casa de enfrente... Esto la desveló más. El murmullo lejano de aquella música, sonata melancólica, adquiría mayor dulzura, llegando apagada por la distancia... Celeste sintió una opresioncilla inexplicable en el pecho; tristeza incomprensible después de una noche de goces, invadía su alma... Recordó de nuevo, al gallardo doncel... «El le rodeaba la cintura con el brazo derecho, mientras que enlazando la mano izquierda con otra de ella, se las llevaba juntas al corazón... Y la miraba, la miraba con el alma puesta en los ojos, de modo dulcísimo, embriagador... Sus labios se movían sonrientes, para susurrar en su oído promesas de amor y juramentos sublimes. De



este modo, iban danzando al compás de la música, pálido él y suspirando ella...»

La inocente niña, oyendo aquel piano, experimentó profunda tristeza; las notas repercutían en su alma... De pronto cesó

aquel rumorcillo cadencioso... Acompasadas y lentas, sonaron en la torre vecina, cuatro campanadas. Al poco rato escuchó el eco del silbar de una locomotora... Después el de un vapor que salía sin duda del puerto, como de su corazón partía, en aquellos instantes, la nave de sus esperanzas... Todos los ruidos, todos los rumores que llenan é interrumpen el grandioso silencio de la noche, fueron escuchados por Celeste, y cada vez tenía menos sueño, cada vez estaba más triste. Y ¿por qué? Ni ella misma lo sabía. Recordaba los incidentes del baile, sintiendo nostalgias indefinibles, afanes secretos que jamás había sentido; y cada vez más pensativa, cada vez más triste, cada vez más llena el alma de algo misterioso; experimentó ganas ¡muchas ganas de llorar! Y sin explosión, sin sollozar, sin que su boca de mieles formulase la mueca del llanto, éste

invadió sus ojos y fué cayendo gota á gota por sus ardientes mejillas, sobre las que dejó húmedas estelas. Lloró mucho sin saber por qué lloraba, creyéndose sumida en la desventura, en el abandono... Ella necesitaba

algo que llenara el vacío de su corazón, algo que conmoviera su alma, y ese algo, no lo tenía... ¡Todos eran más felices que ella! Siguió llorando hasta que el cansancio cerró sus ojos... Mientras durmió, su rostro fué serenándose hasta llegar á la dulce expresión del de un ángel... Sus labios entreabiertos, movíanse levemente algunos instantes, como si palpitaran en ellos frases amorosas ó ardientes besos y suspiros. ¡Sonrió al fin, y un temblor como el que produce el calofrío ó la sensación del placer, recorrió su débil y delicado cuerpecito...! ¡Indudablemente, la virgen soñaba!

El despertar, fué hermoso y consolador .. El sol, encaminándose al cenit, se escabulló en dorados hilos á través de las blancas cortinas del balcón y envolvió á Celeste en un nimbo esplendoroso de luz; sus blondos y rizados cabellos, brillaron entre aquel luminoso enjambre de átomos de oro.

Celeste, abrió los ojos... Saltó con prisa del lecho, aprisionó sus diminutos pies en bordados zapatitos, y cubriendo sus formas de infantil venus con holgada bata de fina batista, abrió el balcón.

En la acera de enfrente, sonriente y gallardo, se hallaba su compañero de baile... Súbito enrojecieron las mejillas de la inocente, y como él la saludara le saludó, y como él sonriera, una sonrisa hermosa, brillante, llena de expresión y de vida, asomó á sus labios y fué extendiéndose por

su rostro divino. En aquellos instantes, recordó el insomnio de la pasada noche y parecióle que aquellos afanes que sintiera, estaban satisfechos, sus ilusiones convertidas en realidad y

lleno, verdaderamente rebosando de aquel algo inexplicable, el vacío de su corazón.

¡La niñez cesaba, se extinguía! El ángel era el mismo; pero en sus ojos brillaba la perspicacia de la mujer... Las crisálidas del sentimiento, convertidas en mariposas del alma, abrían las puertas del corazón de Celeste y salían de él, anunciando el despertar del amor, como las mariposillas blancas y vivientes, anuncian en los floridos campos la llegada de la Primavera.

LUIS DE VAL

Ilustraciones de P. BÉJAR.

PRIMAVERAL

Dice el verde en los árboles: «Primera vibración de placer nos da la vida!»
La flor llena de aromas la pradera
y se entrega á los céfiros, vencida.

En el límpido cielo, reverbera
con sonrisas el sol, y conmovida
en su cubil la temeraria fiera,
todos los sueños del amor, anida.

Todo resurge y canta y se colora
con las tintas risueñas de la aurora,
y se reviste todo de grandeza.

Es que la primavera dulce y fría
el ánfora volcó de su alegría
sobre el frío plafón de la tristeza...

ENRIQUE BUTTARO



PRIMAVERA

Desertando del cáliz de una rosa
cuyos matizes con asombro mira,
por el umbrío se revuelve y gira
con incesante afán la mariposa.

Piérdese allá en la vega silenciosa
la luz del sol que moribundo expira,
y se esparce, cual eco de una lira,
de la cabaña la canción dichosa.

Murmura del almendro entre las flores,
remedando una plática de amores,
la fresca brisa que mi frente orea.
Y de la tarde en la solemne calma,
llama con ecos místicos á el alma
el esquilón de la vecina aldea...

† RAFAEL OCHOA

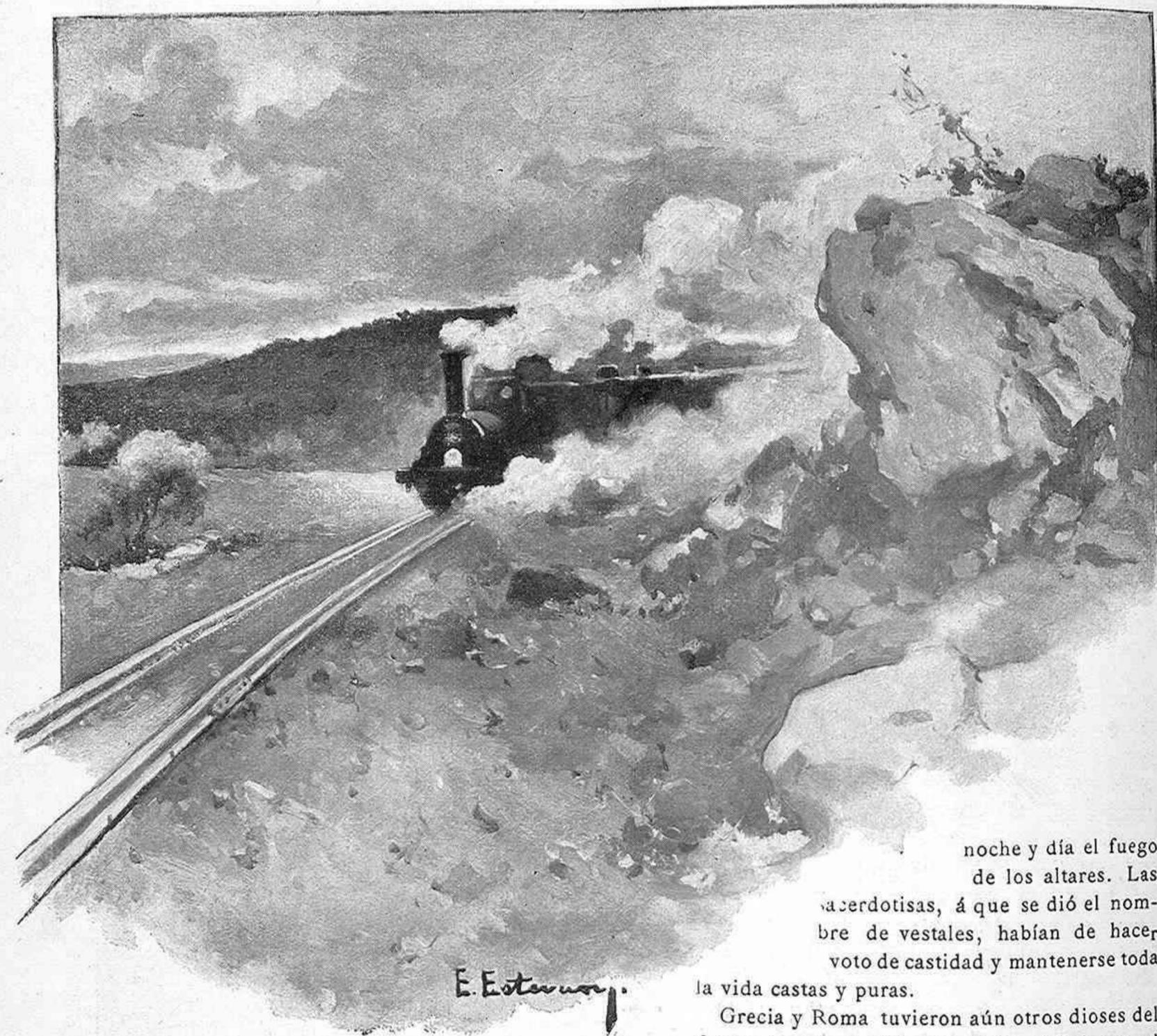
Ilustrado por GASPAR CAMPS.



PESCA DE LANGOSTA.

ALFREDO GUILLOU

EL CULTO AL FUEGO



HABÉIS oído hablar de Prometeo, de un dios del paganismo á quien Júpiter hizo encadenar en la roca de un alto monte suspendida sobre un precipicio? Se le castigó por haber arrebatado del Olimpo el fuego y traídolo á los hombres. Vanagloriábase aún en su desventura de habernos hecho dón precioso, instrumento, según él, de todos los héroes y maestro de todas las artes; y no se doblegó al Padre de los dioses, según Eschilo, ni aún viendo estallar sobre sí una tormenta en que tembló la tierra, rugió y ensordeció el trueno, trazó el relámpago en el aire inflamados surcos, arremolinóse el polvo, soplaron y se estrecharon los vientos y se confundieron mar y cielo.

Este origen daba al fuego la antigua Grecia. Como diosa del fuego, adoraba después á Hestia, á quien en todos los sacrificios se ofrecía la mejor parte. Tenía esta diosa en Atenas un templo en que ardía perpetuamente el fuego, y de ese fuego tomaban cuantos iban á establecer colonias.

Roma siguió á Grecia. Tuvo su diosa del fuego en Vesta y creó un cuerpo de sacerdotisas que velaban

noche y día el fuego de los altares. Las sacerdotisas, á que se dió el nombre de vestales, habían de hacer voto de castidad y mantenerse toda

la vida castas y puras.

Grecia y Roma tuvieron aún otros dioses del fuego: Grecia á Hefestos; Roma á Vulcano, el forjador de los rayos de Júpiter. Tuvieron todos doble carácter; eran á la vez dioses del hogar y el fuego.

Antes de Roma y Grecia, rendían ya culto al fuego los antiguos arias. Lo rendían al viejo Agui que, según parece, representaba el fuego de la tierra y el del cielo y era á la vez dios del hogar. «Oh, Agui, leo en uno de los *Vedas*, condúcenos por el camino recto. Tú que sabes nuestras acciones, borra nuestras faltas. Te ofrecemos el tributo de nuestras mayores alabanzas y te dedicamos nuestro postrer saludo.»

Lo notable es que cuando descubrimos la América encontramos allí el mismo culto. Tenían los aztecas el fuego por su padre y su madre y acostumbraban echarle en ofrenda algo de lo que comían ó bebían. Adoraban un dios del fuego llamado Kinhtecusli y se hacían fiestas en que echaban á una grande hoguera míseros cautivos y no los sacaban sino cuando los veían próximos á la muerte, para ponerlos sobre la piedra de los sacrificios, abrirles el pecho, arrancarles el corazón y ofrecerlo al ídolo. El ídolo llevaba en su templo brillantes atavíos: una carátula de mosaico, de

turquesas y esmeraldas, una corona con ricas plumas en que sobresalían las de quetzale, otro ornamento de plumas que le cubría de la garganta á los pies y resplandecía apenas lo oreaba la más suave brisa.

Todos los años renovaban los aztecas el fuego y, al fin de cada ciclo (cada 52 años), con solemnidad imponente.

En todos los templos ardía perpetuamente el fuego en grandes copas de barro. Manteníanlo también unas como vestales que hacían votos de castidad y morían como los quebrantaran, con ellas las vírgenes de las escuelas y unos como diáconos. Sólo en el templo mayor de Méjico ardían 600 copas cuya luz alumbraba casi todas las calles. Es de advertir que allí los templos estaban construídos sobre altas pirámides.

Ni fueron solamente los aztecas los que en el fuego idolatrarón. En él idolatrarón también los yucatecas y los peruanos: en él aún gentes bárbaras como los *natches* y los *pueblos*. Los *natches* lo alimentaban constantemente en sus altares; los *pueblos* en sus estufas.

La adoración del fuego ha sido general así en América como en Asia. Aún hoy los *güebros* tienen en Daman, al Norte de Bombay, un templo donde hace más de 1200 años guardan el fuego que llevaron de Persia cuando hubieron de emigrar por las persecuciones de los musulmanes.

Andan ordinariamente juntas la religión del fuego y la del sol, y la del sol se la encuentra en casi todos los países del mundo. Era la del sol en el Perú la religión oficial del Imperio, y en Méjico la que más sobresalía. Hablan de la primera el templo de Cuzco, á cuyo alrededor corría una cenefa de oro, y de la segunda, una de las pirámides de Teotihuacan, anteriores de siglos á la invasión de los aztecas.

¿Era raro ese culto al astro del día? El sol derrama luz, calor y vida por toda la tierra. Es visible, aunque no nos permita fijar en él la mirada. Era natural que los hombres viesan en el sol á su Dios. «Oh, Sol, leo en los *Vedas*, sol que nutres al mundo, anacoreta solitario, dominador y regulador supremo, hijo de Pradjapati, desvía tus deslumbradores rayos, contén tu resplandeciente luz, para que yo pueda contemplar tu encantadora forma y llegar á ser parte del divino sér que en ti se agita.»

Ni es raro el culto al sol ni lo es que anden en las religiones mezclados el sol y el fuego. El fuego da también, en más ó menos corto espacio, luz, calor y vida. ¿Qué importa que el del rayo mate ni la incendiaria tea del hombre destruya? El fuego nos prepara

los alimentos, nos vigoriza los miembros que entumece el frío, purga y funde los metales, pone en movimiento nuestros talleres y nuestras fábricas, nos lleva á través de valles y cerros por la locomotora y á través de los océanos por el buque de hélice.



E. Estevan

¡Oh, fuego! ¡Oh, Sol! Vosotros no sois los dioses que otros pueblos y otros siglos adoraron; pero merecéis, con el agua y la tierra, el amor de todo nuestro linaje.

FRANCISCO PI Y MARGALL

Ilustraciones de E. ESTEVAN.

LUZ Y CANTO

¡Oh, mágica! ¡Oh, divina! entre las sombras
que prendiera la noche en tus cabellos,
se abre el raso lunar de tu garganta
como el ala de un beso;
en él se posan tus pupilas negras
á iluminar tu pecho;

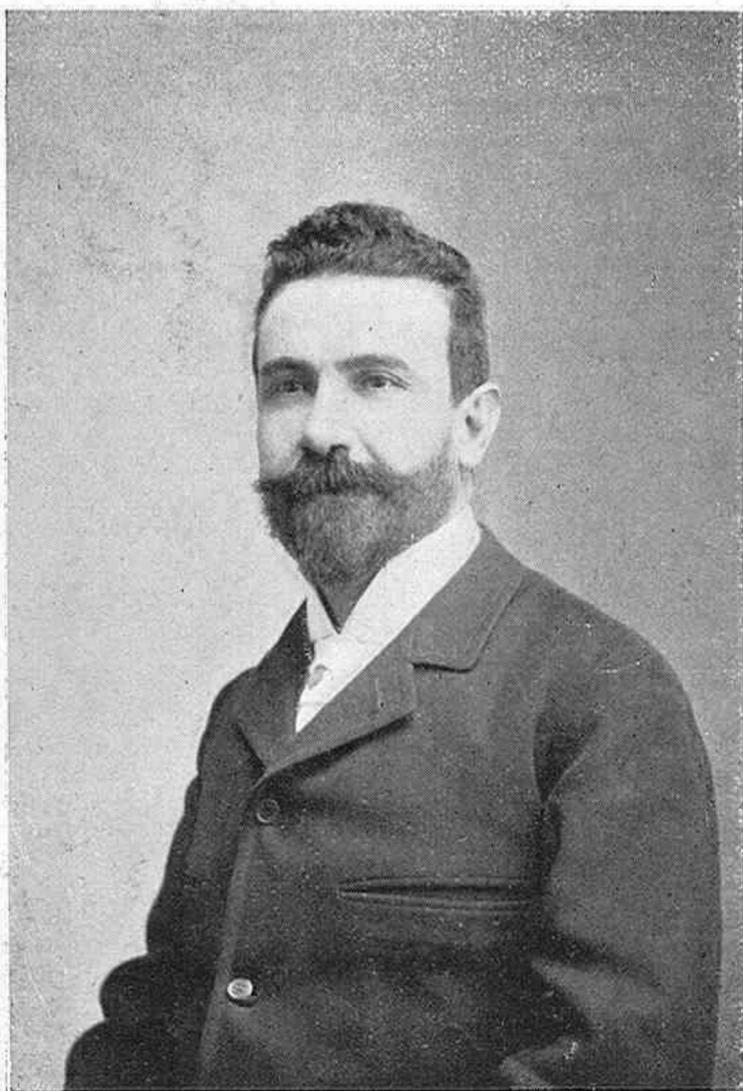
y entre las ondas de su luz radiante
se desgranán las rimas de tus sueños,
bajo el plectro floral de tu sonrisa,
cuyas notas son cánticos del cielo.

PEDRO J. NAON

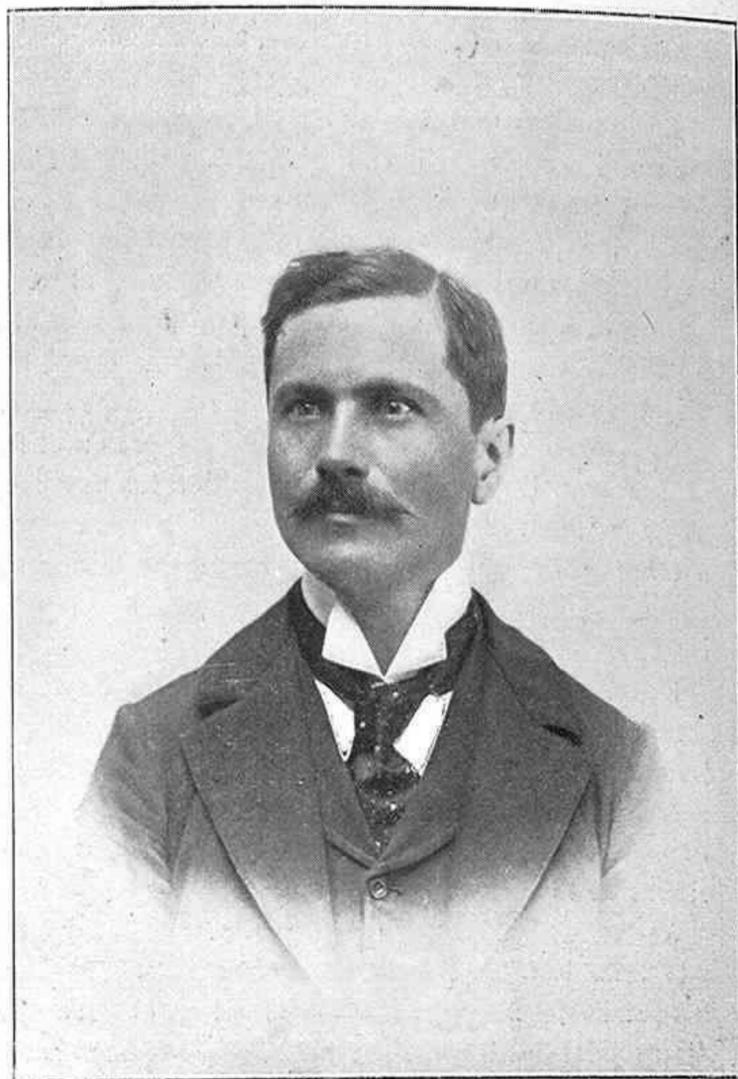
Buenos Aires.

DE AQUI Y DE ALLA

NUESTROS COLABORADORES



SALVADOR RUEDA.



EMILIO PACHECO COOPER.

Distinguidos escritores y poetas, español y uruguayo, respectivamente.

PASATIEMPOS

ROMBO

```

      X
     X X X
    X X X X X
     X X X
      X
    
```

Léase horizontal y verticalmente: 1.º consonante, 2.º animal, 3.º territorio africano, 4.º buque antiguo, 5.º consonante.

JUAN SURÓS.

JEROGLÍFICO

2 E V CONTI N 1 SI,
2 M U CONTI N 1 NO;
LA LA 2 1.ª ¡QUÉ DULCE!
¡QUÉ AMARGAS LA LA 20!

E. BERNABEU TORRERASA.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

G A M O S R E

JUAN TALLADA.

CHARADA

Aunque *prima ires* no tengo,
tengo *todo*, sí, señor;
y con *prima tertia prima*,
mi marido don Ramón
tercia prima lo que quiere
del señor gobernador.

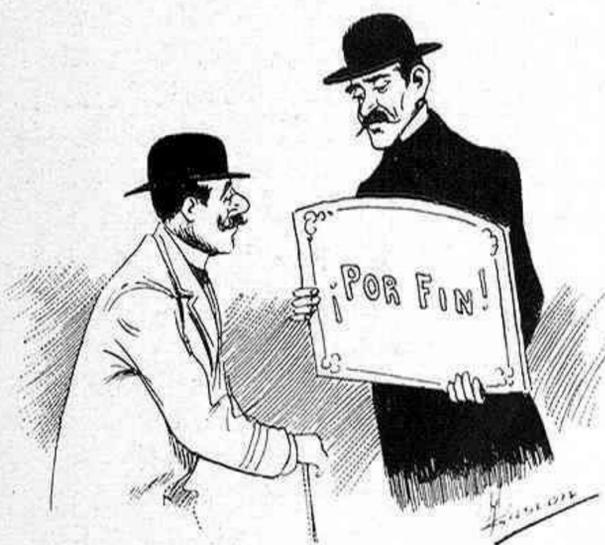
MANUEL BAYON.

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO ANTERIOR:

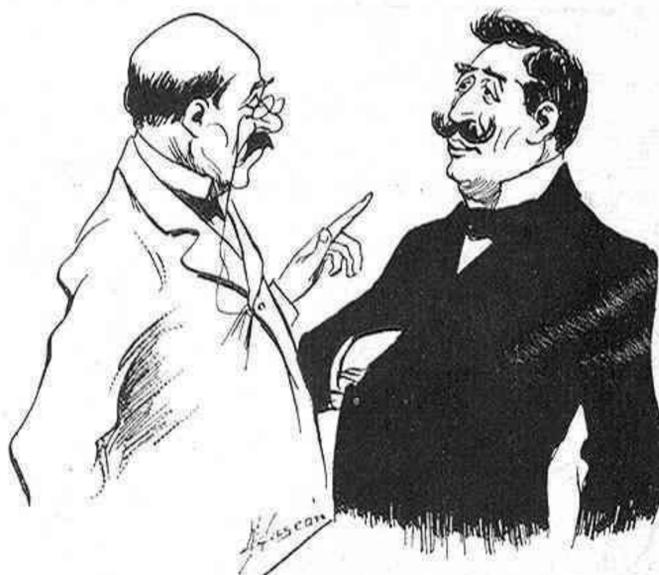
Jeroglífico comprimido. — Sobre gustos no hay nada escrito.

Charada. — Margarita.

Frase hecha. — No tener pelos en la lengua.



—¿Qué llevas ahí?
 —La lápida para el sepulcro de mi suegra.
 —¿Murió la pobre? ¿Y que inscripción le has puesto?
 ¡Ah! ¡Muy sentida!

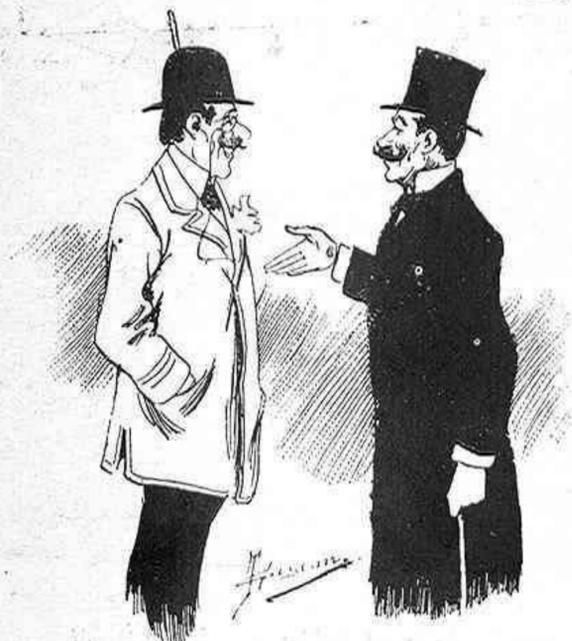


—¿A qué causa se debe la detención de usted?
 —A dos guardias de orden público, señor Delegado.
 —¿No ha sido usted detenido por embriaguez?
 —Sí señor: por embriaguez de los guardias.



CORTE DE CAÑA (Habana).

Fot. Ramón Corral.



—¿Cómo terminaron tus relaciones con Tulita?
 —A bofetadas.
 —¡Menos mal! Porque al menos, esta vez te las ha dado una mujer.

Fot. Tip.-Lit. del «Album Salón.»



—¿Es cierto que ayer te dieron una bofetada?
 —Sí.
 —Supongo que el hecho habrá tenido consecuencias.
 —¡Ya lo creo! ¿No ves como tengo la mejilla?

FLEUR D'AVOINE KNORR



MEILLEURE NOURRITURE POUR LES ENFANTS

*Cartel anunciador de la «Flor de Avena Knorr», para la nutrición de los niños;
publicado por la casa C. H. Knorr, de Heilbroun (Alemania).*

SERIE I.^a

Núm. 31